

Bernardo y Mariano: las transformaciones del periodismo político en Argentina, de los años ochenta a los años noventa

Micaela Baldoni

UBA-CONICET-UNGS

micaelambaldoni@yahoo.com.ar

Gabriel Vommaro

(UNGS-CONICET)

gvommaro@yahoo.com.ar

1- Introducción

Entre las vastas transformaciones en la relación entre los medios de comunicación y la actividad política profesional en Argentina, nos interesa aquí ocuparnos de la construcción histórica reciente del rol de los periodistas políticos como *mediadores* sociales. Por un lado, como participantes en las escenas mediáticas en las que tiene lugar la disputa simbólica por la definición de las coyunturas, de sus problemas y de sus soluciones (lo que llamaremos el espacio de la comunicación política). Por otro lado, como voceros, en esas escenas, de las audiencias –vistas como distantes de la política– frente a los políticos –percibidos como “clase” separada de la sociedad. En fin, y en virtud de ese lugar mediador que pretenden para sí, como una suerte de “fiscales” de la moralidad de las actividades políticas, al decodificarlas en la clave binaria transparencia-corrupción.

Pero esta posición de los periodistas no es para nada “natural”, sino que tiene una historia de trabajosa construcción sobre la que nos gustaría realizar algunas anotaciones, y que se relaciona tanto con transformaciones en la estructura de propiedad de los medios de comunicación como con la profesionalización de la actividad periodística. Así, para indagar estas cuestiones reconstruiremos el itinerario profesional de Mariano Grondona y Bernardo Neustadt, dos de los referentes del periodismo político durante los años ochenta y noventa, y mostraremos en el contraste de la manera en que se despliegan las trayectorias de estos dos casos el modo en que se constituye una autonomía profesional en la tensión entre los condicionamientos y las lealtades políticas y los condicionamientos y las lealtades empresarias. En este sentido, nos ocuparemos especialmente de la manera en que estos actores se posicionaron en su campo, las estrategias y capitales que pusieron en juego, y del estilo y tipo de intervenciones públicas que delinearon sus perfiles. La reconstrucción de estos recorridos

permitirá echar luz sobre algunas de las principales modificaciones que sufrió, durante este período, el campo profesional del periodismo político, así como la relación de este ámbito con el espacio más amplio de la comunicación política.

2- Comunicación política, medios, periodismo político: la política como espectáculo, la política como objeto de la crítica

La configuración de lo que llamamos espacio de la comunicación política constituye un fenómeno reciente en la sociedad argentina. Si bien la esfera mediática y la esfera política han presentado, a lo largo del siglo XX, diversas formas de imbricación¹, es recién hacia fines de este siglo que puede hablarse de la constitución de un espacio de la comunicación política, entendido éste como un ámbito mediático de interacción en el que se despliega parte de la lucha política –aquella que se desarrolla en los medios o que tiene por objeto ser mediatizada– y en el que participan diversas categorías de actores comprometidos con esa lucha. Este proceso no supone solamente un relativo reemplazo de los escenarios típicos de la política partidaria hacia los marcos propuestos por los géneros mediáticos (“de la plaza a la pantalla”), sino que es el emergente de una serie de fenómenos relativos tanto a las lógicas específicas de cada espacio –el mediático y el político– como a las relaciones que éstos mantienen entre sí.

Entre los años ochenta y los años noventa se produjeron una serie de transformaciones que alteraron tanto la forma en que los medios se vinculaban con la política, como la manera en que el quehacer político se orientaba hacia los medios. Si en los años ochenta los medios se ocupaban principalmente de cubrir los procesos electorales y de seguir las disputas intra e interpartidarias que caracterizaron a la vida política de la restitución democrática, hacia fines de esos años y, particularmente, en la década del noventa los medios se constituyeron como uno de los escenarios propios de las contiendas políticas (Landi, 1992). Asimismo, a lo largo de estos años las prácticas proselitistas tendieron a profesionalizarse y a mediatizarse (Waisbord, 1995): cada vez tuvieron menor gravitación en las campañas políticas aquellas prácticas que suponían la copresencia de candidatos y electores –como las caravanas, los actos partidarios, etc.–, y cobraron mayor relevancia las acciones del *marketing* político, ligadas a la publicitación mediática de la imagen de los candidatos (Muraro, 1991), y de los sondeos de opinión,

¹ Sobre diferentes modos de relación entre la práctica periodística y el ámbito político a lo largo del siglo XX pueden verse Saítta (1998), Sidicaro (1993) y especialmente para el caso del “nuevo periodismo” de los años 60 y 70: Bernetti (1995 y 1997), Mazzei (1997) y Ramírez (1999).

presentados en diversos medios como un nuevo indicador del desarrollo de la lucha política pre-electoral (Vommaro, 2008a).

Estas prácticas proselitistas orientadas hacia los medios, asentadas en la legitimidad de un saber técnico más que en un saber específicamente político, se abrieron paso en un contexto de paulatina desacreditación de la actividad política-partidaria, que colocaba a los políticos como una “clase” separada de la “sociedad”, y que daba por supuesta la existencia de un sector importante de ciudadanos políticamente “independientes” de los partidos y de “indecisos” sin preferencias políticas estables a la hora de definir su voto, lo que justificaba el carácter general de estas campañas mediáticas diseñadas para interpelar a un gran público y no ya sólo a un sector específico de la población. Desde la esfera mediática, estas emergentes figuras del electorado fueron incorporadas a la, también flamante, categoría de *la gente*. La acepción de esta expresión, que en el ámbito periodístico progresivamente reemplazó a la más tradicional categoría de *pueblo*, refería a un conjunto de ciudadanos “independientes”, de “gente común”, que si bien constituían el *demos* de la representación democrática mantenían una relación distante con la política. A partir de la instauración en el espacio mediático de este constructo, *la gente*, los medios, autoerigiéndose como aquellos que recogían y le daban expresión pública a las preocupaciones del “hombre común”, se posicionaron progresivamente como representantes de esa voz y, por tanto, como mediadores sociales entre la “clase política” y la “sociedad” (Vommaro, 2008b). Así, se produjo una mutación del perfil de los periodistas políticos: éstos pasaron de ser actores políticamente comprometidos a ser actores que asentaban la legitimidad de sus intervenciones en la construcción de una posición de enunciación propia, que se pretendía independiente tanto de los partidos como del Estado.

Las transformaciones que se produjeron en la organización del sistema mediático contribuyeron a reforzar este posicionamiento. Durante los años ochenta, si bien la estructura de los medios se mantuvo casi inalterada, los medios de prensa realizaron una campaña pro-privatizadora tendiente a promover esa transformación (Waisbord, 1995), que fue acompañada de la construcción de una voz autónoma de las empresas mediáticas frente a los partidos y el Estado. La defensa de criterios e intereses comerciales se engarzaba así con una demanda política de autonomía periodística, que reivindicaba que la “objetividad” y la “transparencia” mediática, supuestamente reclamada por un nuevo público adepto a los valores democráticos, sólo eran realizables en el marco de la “independencia” de la actividad privada. Esta distancia, sostenida desde el discurso mediático, con los principales actores del sistema político, que habilitaba a los medios a autopositionarse como mediadores sociales, se consolidó aún más con la efectiva transformación de la estructura de propiedad mediática en los años noventa

(Vommaro, 2008b). La privatización, concentración y amplificación de la industria de las comunicaciones a lo largo de aquellos años (Becerra & Mastrini, 2009), no sólo supuso la conformación de multimedios con un gran poder de reproducción de acontecimientos políticos, sino que también promovió la conformación de una audiencia nacional (Landi, 1992); cuya búsqueda estableció a la competencia por el *rating* como una de las lógicas centrales de la políticas de las empresas mediáticas, a la vez, que se constituyó como uno de la resortes de la pretensión representativa de los medios.

En el marco de estos procesos de crisis de representación político-partidaria, de emergencia de nuevas prácticas proselitistas vinculadas a la lógica mediática y de transformación de la estructura de propiedad del sistema de medios, se configura el espacio de la comunicación política como un ámbito circunscripto de interpenetración entre la esfera mediática y la esfera política, en que se hace efectiva parte de la lucha política, que es principalmente una lucha por la construcción social del sentido, por la imposición de ciertas formas de ver y de creer, en la que intervienen actores diversos con intereses analíticamente diferenciables².

Al mismo tiempo, la mutación del perfil de los periodistas políticos tenía su correlato con una serie de cambios, producidos entre los años ochenta y noventa, en los criterios que regían la propia actividad periodística y que derivaron en la construcción y legitimación de la figura del “periodista independiente”. Si, como mencionamos anteriormente, a principios de los años ochenta el periodismo político se concentró principalmente en cubrir los avatares de la vida política partidaria, hacia fines de esa década cobraron impulso una serie de prácticas periodísticas ligadas a la producción de denuncias sobre las “irregularidades” del poder gubernamental y del sistema político en su conjunto, a partir de las cuales los periodistas se irían posicionando cada vez más como un actor “independiente” que ejercía el papel de contralor del poder político. Esta posición se reforzaría aún más en los años noventa con la emergencia de multimedios en los que la “independencia” se había constituido en la bandera de sus campañas de promoción. Desde estos espacios, y especialmente en el ámbito televisivo, los periodistas políticos no sólo ejercerían su papel de analistas “objetivos” de la coyuntura política sino también de organizadores de los debates públicos, posición que los habilitaba a ubicarse *por fuera*, o más bien por encima, de la lucha política, a la vez que

² En relación a la definición del espacio de la comunicación política como una cierta forma de lucha por la constitución significativa del mundo social, por la definición de la coyuntura y de los grupos existentes, remitimos a Vommaro (2008a).

participaban de ella pero en tanto que voceros de una supuesta voz que estaba afuera de la escena: la voz de *la gente* que se encontraba frente a la pantalla (Vommaro, 2008b).

En este proceso que llevó a que la “independencia” y la “objetividad” se convirtieran en los años noventa en los basamentos del sentido común periodístico y en los estandartes del discurso legitimador de sus intervenciones públicas, tuvo un rol fundamental la emergencia del periodismo de investigación. A comienzos de la transición democrática los medios y los periodistas no se encontraban en una situación muy favorable: la manipulación informativa operada durante el conflicto bélico en las Islas Malvinas había mellado la confianza del público en la veracidad de la palabra periodística. Los actores del periodismo político se encontraron en aquellos años con el desafío de recuperar el crédito perdido para constituirse en un pilar del proceso democrático, lugar que la prensa había ocupado en las contemporáneas transiciones democráticas suscitadas en otras fronteras nacionales. Así, en principio la nueva coyuntura propició la incorporación a la filas del periodismo político de toda una nueva camada de ingresantes que debían ocuparse de los sucesos generados por la restitución, tras años de ausencia, de la política partidaria en el escenario público local. A la vez que los periodistas más jóvenes se entrenaban y formaban bajo los nuevos lineamientos que la práctica periodística iría paulatinamente asumiendo, los periodistas que contaban con una larga trayectoria en los medios debieron reformular sus prácticas profesionales para aggiornarse a las nuevas condiciones impuestas por la restitución de las libertades cívicas. Desde un sector del periodismo político que se autodefinía como “independiente” y “progresista”³ esa reformulación supuso la producción de denuncias sobre los procedimientos represivos ejecutados por la dictadura militar y los resabios de esas lógicas autoritarias en el actual régimen político. Estas denuncias sobre la acciones del régimen dictatorial constituyeron, así, los primeros impulsos de una nueva práctica periodística centrada en la investigación del poder político que se iría configurando hacia fines de los años ochenta y que se generalizaría recién en los años noventa.

Dos fenómenos periodísticos marcarían el apogeo del periodismo de investigación: por un lado, la aparición en 1987 de *Página/12*. Este diario innovador y de contrainformación, que trastocaría el género del periodismo político, presentaba a lo largo de sus páginas un estilo dominante de trabajo periodístico que combinaba el análisis y la opinión con la investigación y producción de denuncias, especialmente, de casos de corrupción política. Por otro lado, la

³ Nos referimos al sector del periodismo gráfico agrupado en torno a una serie de revistas que aparecieron entre los últimos años de la dictadura militar y los inicios de la transición y que estaban fuertemente abanderadas tras el ideario democrático. Dos casos paradigmáticos son la revista mensual *El porteño* y el semanario *El periodista de Buenos Aires*.

proliferación y el rotundo éxito de ventas, a principios de los años noventa, de los libros de investigación periodística, que mostraban los resultados de indagaciones periodísticas sobre las “tramas ocultas” del “poder” político y económico, daban cuenta de la consagración de este género periodístico tanto al interior del campo como hacia el público. Como afirma Pereyra (2010), a medida que esta práctica de producción de noticias se fue generalizando perdió su ligazón estrecha con un trabajo sistemático de investigación para derivar en una forma de tratamiento de los sucesos políticos asentada en la denuncia de hechos de corrupción. No obstante, el vector común de este estilo periodístico siguió siendo la asunción por parte de los periodistas de una postura crítica frente a los políticos (Muraro, 1997) que se basaba principalmente en una lectura en clave moral del sistema político en su conjunto (Vommaro, 2008b). Esta clave de decodificación del campo político de tipo moral, que se afianzó en los años noventa vía la producción de una serie de escándalos mediáticos de corrupción, les permitía a los periodistas consolidar su trabajo de presentación como contralor del poder gubernamental.

Por otra parte, la difusión del periodismo de investigación se vio favorecida por las transformaciones operadas en la estructura mediática. La preeminencia de la lógica comercial resultaba congruente con el desarrollo de esta labor periodística de fuerte impacto y que atraía a buena parte de la audiencia. De este modo, según un reconocido periodista, las empresas periodísticas descubrieron “*el negocio de la verdad*” (Majul en Ulanovsky, 1997:356). Con todo, la configuración de estos nuevos criterios de legalidad de la práctica periodística, que establecía en cierta medida algunos de los principales rasgos que ésta debía tener para ser considerada como tal –es decir, para ser considerada como práctica periodística legítima–, supuso también la emergencia de nuevas formas de consagración y jerarquización hacia el interior y el exterior del campo del periodismo. Publicar un libro de investigación periodística o bien intervenir en la producción de un escándalo de corrupción, constituía una oportunidad para que un periodista se consagrara tanto como un referente en su campo profesional (Pereyra, 2010; Waisbord, 2001) así como en una figura pública con capacidad para intervenir en los debates librados en el espacio de la comunicación política. Por otro lado, la independencia respecto a los actores político-partidarios se fue constituyendo en parte de la *doxa* periodística. Ser un periodista “serio” y profesional, implicaba no sólo mantener esa posición pretendidamente autónoma sino además sostener una actitud de desconfianza frente a esa “clase” que ejercía la actividad política, actividad que cada vez más era considerada como una práctica espuria dominada por intereses particulares más que por los intereses generales a los que en teoría debía atender.

La creciente amplificación y segmentación del sistema mediático operada tras el proceso de privatización constituye otro de los fenómenos que afectaron al periodismo político. Si bien éste había tenido un importante desarrollo en la prensa gráfica, al punto de ser considerado por el gobierno de Menem como un “*partido político de oposición*” (Ulanovsky, 1997:379), el escenario del periodismo político se desplazó paulatinamente del papel a la pantalla. A lo largo de los años noventa algunos programas políticos ocuparon importantes espacios en los canales de la televisión abierta y se multiplicaron en los canales de cable de noticias, que por su incipiente desarrollo ofrecían nuevas oportunidades laborales a los periodistas y la posibilidad de llegada a un público masivo pero a la vez interesado en la actualidad. Si la publicación de libros operaba como un modo de jerarquización periodística, con el desarrollo de este género televisivo, conducir un programa político, especialmente en la televisión abierta pero también en canales de cable con un buen índice de audiencia, como *Todo Noticias*, constituyó una de las formas en que ciertos periodistas se consagraron profesional y públicamente. En el caso de aquellos que no sólo conducían sino que producían sus programas, lo que les permitía presentar a estos espacios como “islas absolutas” de independencia, esta diferenciación con el resto de sus colegas era aún más notoria.

En estas arenas televisivas, los periodistas políticos encontrarían un lugar propicio para desplegar sus visiones y posturas frente a las problemáticas de la coyuntura política. No obstante, éstos no sólo asumirían el rol de analistas políticos sino que a su vez detentarían la posición de organizadores de los debates públicos que se entablaban en los espacios por ellos conducidos. En éstos intervenían asiduamente dirigentes políticos y expertos, lo que involucraba tanto a la *expertise* ligada al saber de alguna materia específica como aquella vinculada con la producción de sondeos como modo de “medir” el humor de la “opinión pública” respecto a una candidatura o bien sobre alguna problemática particular. Esta novel tecnología que generaba la ilusión de la existencia de una opinión homogénea –mayoritaria– y precisa en el público también sería utilizada de diferentes maneras por los periodistas para traer la voz de *la gente* a la escena y potenciar el, también ilusorio, efecto de estar hablando *desde fuera* (Vommaro, 2008a). Esta posición reforzaba aún más el supuesto carácter “objetivo” de quién oficiaba de organizador y constituía el lugar desde el que los periodistas podían –y, según ellos, debían– interpelar a los políticos (“dice la gente...” anteponía a cada una de sus preguntas un famoso periodista en su programa). Así, desde los marcos televisivos, la figura del “periodista independiente”, que se fue consolidando a lo largo de este proceso general de autonomización de la práctica periodística y de configuración del periodismo político como

profesión mediadora, cobraría aún más visibilidad y se constituiría en el parangón del “buen periodista”.

3. Separados al crecer: Mariano, Bernardo y la profesionalización periodística

Este proceso de autonomización de los periodistas es aún más notorio en el caso de los “notables” de la profesión, quienes desde sus espacios mediáticos se convierten en punto de pasaje obligado para la existencia pública de los dirigentes partidarios y para la notoriedad de los expertos. Sin olvidar todo el “ejército” periodístico que, sin poder de individualización –de ser reconocido en tanto que personaje– y por tanto cuya legitimidad individual es un “efecto de campo”, intervienen en el juego de la comunicación política, nos ocuparemos aquí de dos casos, el de Bernardo Neustadt y el de Mariano Grondona, para analizar, a través de sus trayectorias mediáticas y extramediáticas, algunas de las transformaciones del lugar de los periodistas en ese juego, así como de la relación entre el periodismo y la política.

3.1 Las lecciones del pasado

Mariano Grondona nació en 1932, en la ciudad de Buenos Aires. Abogado y Doctor en Derecho y Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, realizó estudios de posgrado en sociología en la Universidad de Madrid y en ciencia política en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid. Fue profesor titular de Derecho Político en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA desde 1987 y profesor consulto en la misma Facultad desde 2004. Fue también, durante los años 1980, académico visitante y luego profesor visitante en el Centro de Asuntos Internacionales y profesor visitante en el Departamento de Gobierno, ambos de la Universidad de Harvard.

El caso de Grondona muestra de manera clara el proceso de autonomización de los periodistas frente a la política partidaria y estatal, lo cual supuso, al mismo tiempo, un fortalecimiento de su rol político como participantes de las luchas simbólicas por la constitución del mundo social como mundo de sentido; su caso representa una generación de periodistas fuertemente comprometidos con el campo político que, además, constituían su lugar en el campo periodístico, fuertemente dependiente del anterior, al hacer valer esas relaciones y posiciones políticas. En los años 1990, a partir de un trabajo de autocrítica y distanciamiento tanto respecto de su propia trayectoria como de las posiciones más claramente partidistas, Grondona construyó una posición con pretensión de objetividad y mirada crítica, algo que para

las generaciones más jóvenes, en especial para aquellos periodistas formados en los años 1980 y que se consolidaron en la actividad en la década siguiente, comenzó a ser algo casi dado por sentado, en tanto valor profesional ligado a la conquista de una posición prestigiosa en el campo: la de “periodista independiente”. En este proceso, la crítica de “la política”, de las acciones de “los políticos”, y la evocación en cada interpelación y reportaje a los intereses de *la gente* sería crucial.

Grondona tuvo, en su juventud, una activa participación en los grupos universitarios antiperonistas y, como él mismo confesó, participó en los Comandos Revolucionarios Civiles durante el golpe militar que derrocó a Perón en 1955; en 1962 participó activamente, ya como periodista y columnista político del diario *La Nación*, del golpe que derrocó a Arturo Frondizi. Por entonces era, además, profesor en la Escuela Superior de Guerra. Sus vínculos con la derecha católica y las fuerzas armadas crecieron a medida que aumentaba su prestigio dentro del campo periodístico. Grondona trabajó en los años 1960 en las revistas *Confirmado*, *Todo* – desde las que se dedicó a criticar duramente al gobierno del radical Arturo Illia y a apoyar el golpe de Estado de 1966–, *Primera Plana* y, luego, en los años 1970, en el diario *La Opinión*; dirigió además el semanario *Carta Política*, desde donde apoyó el golpe de Estado de 1976.

La adquisición de un cierto conocimiento masivo llegó sin embargo a partir de su participación en “Tiempo Nuevo”, programa televisivo que, desde 1969, conducía Bernardo Neustadt en Canal 11. Grondona participó primero como asiduo invitado, hasta que al poco tiempo el conductor/periodista convenció al periodista/profesor, quien era ya una pluma prestigiosa de los medios gráficos, que se convirtiera en columnista, y que hiciera, al final de cada programa, un cierre con la interpretación de lo sucedido en las dos horas anteriores. Ya desde entonces Grondona comenzó a ser, como afirma Eduardo Rinesi (1992) en su *Mariano*, un profesor en la televisión. Y precisamente la particularidad del personaje radicaba en su capacidad para unir su prestigio periodístico con su incipiente prestigio académico y con sus relaciones en el campo del poder. Durante aproximadamente veinte años, Grondona fue columnista del programa cuando éste lograba permanecer en el aire en medio de los vaivenes políticos e institucionales del país.

El nuevo tiempo llegó, por fin, en los años 1980, con la transición democrática. Por entonces, “Tiempo Nuevo” tenía mucha audiencia y pasaría, con rapidez, de un más o menos abierto apoyo al gobierno de Alfonsín a una oposición más o menos clara, una vez que, con la derrota en las elecciones legislativas y provinciales de 1987, la suerte del alfonsinismo parecía echada y que, por presiones de los dirigentes radicales que controlaban la información política en los medios estatales, el programa pasara de Canal 11 al recientemente privatizado Canal 2.

En 1989, Grondona, ya profesor invitado en Harvard y otra vez columnista de *La Nación*, decidió separarse de Neustadt y crear su propia emisión: allí nació, en Canal 7, “Hora Clave”, uno de los principales programas periodísticos de los años 1990, y en cuyos estudios se realizarían algunos de los debates y reportajes más célebres del período. “Hora Clave” permaneció en ATC hasta 1992 y luego, ya definitivamente exitoso en cuanto a rating, pasó a Canal 9, donde estaría en el aire hasta 2006.

La separación con Neustadt no es sólo producto de problemas personales, de contrato o de protagonismo. Está ligada también a la elección de un perfil periodístico diferente: mientras Neustadt, como veremos enseguida, eligió convertirse en el principal publicista del gobierno de Menem y en especial de las reformas económicas que éste llevaba a cabo, Grondona prefirió construir una posición crítica y distante del presidente, aunque acordara con la línea general de sus acciones —en especial en las áreas dirigidas por los principales referentes de la línea “técnica” del menemismo, representada por D. Cavallo— y no dejase de manifestarlo de manera más solapada que su antiguo compañero. En su biografía sobre el personaje, Martín Sivak (2005) afirma sobre esta transformación que, “según Grondona, Neustadt se enamoró del Presidente [...] A pesar de que apoyaba las transformaciones, Grondona prefirió mantener cierta distancia del gobierno. Uno de los modos de hacerlo fue abrir “Hora Clave” a los más furiosos opositores”. Y, además, iniciarse en la práctica de la crítica moral a la “clase política”, a partir de la publicidad de las denuncias de corrupción que, como vimos, comenzaban a multiplicarse por esos años. Según M. Sivak, “Grondona jamás buscó esas grandes denuncias, pero le dio aire a quienes lo habían hecho: por su programa desfilaron periodistas de *Página/12* y otros medios críticos, dirigentes opositores, abogados y legisladores con algo que reportar”.

En 1992 el eslogan del programa era, así, “Lejos del poder, cerca de la gente”, lo que sintetiza bien el giro que el periodista quiso darle a su carrera. Durante los años que quedaban de menemismo, “Hora clave” llegó a ser el principal ciclo político de la televisión y, en algunas emisiones, a alcanzar cuotas de rating propias de telenovelas o partidos de fútbol. Durante los primeros cuatro años, además, Grondona creó el llamado “televoto”, una encuesta telefónica que, en cada programa, preguntaba a una muestra no representativa —en términos estadísticos, por supuesto— sobre algún tema de actualidad (“¿está usted a favor de la despenalización del aborto?”, “¿está usted de acuerdo con la reforma laboral?”), de modo de traer la voz de *la gente* al set televisivo y hacer de los habituales comentarios de cierre de Grondona un diálogo con esa voz del demos. El dispositivo, manejado por un experto informático que quiso reconvertirse en encuestador, Javier Otaegui —Javier, a secas, para el

conductor—, terminó por revelarse completamente inexacto cuando se propuso medir la intención de voto para las elecciones legislativas de 1993 y dio ganador al perdedor; así, Grondona reemplazó pronto a su experto fallido por un “televoto” menos sofisticado desde el punto de vista técnico pero igualmente efectivo desde el punto de vista simbólico: en su programa se realizaba una compulsa en base a los llamados de la audiencia, que decía más sobre las opiniones de quiénes ven a Grondona por televisión que sobre “lo que la gente quiere”, pero que, de todas formas, reactualiza la ficción de la democracia televisiva, de la representación del hombre común en la voz del periodista político.

En su libro *La corrupción* –basado en un ciclo de conferencias dictadas por Grondona en la Facultad de Derecho de la UBA–, que publica en 1993 la editorial Planeta en la misma colección en que había salido *Robo para la corona* de Horacio Vertbisky, el periodista expone el núcleo de su nuevo lugar en el juego de la comunicación política, así como de la representación periodística de ese espacio. El sugestivo título del libro, de hecho, indicaba la preocupación principal del autor, quien afirmaba:

La tesis de este trabajo es que después de haber resuelto los desafíos de la inestabilidad política y de la económica, los argentinos, apoyándonos en la nueva seguridad que nos da el haber integrado las lecciones del pasado, nos disponemos a enfrentar un tercer desafío: la corrupción.

En efecto, para Grondona, luego de haber aprendido “a respetar a las instituciones y a rechazar al populismo en materia económica”, de lo que se trataba era de encarar “la lucha contra la corrupción”. Y, en esa lucha, a él no sólo le tocaba un papel importante en virtud de su lugar entre las elites intelectuales y económicas, sino también por su rol, asumido como principal por esos años, de periodista de la era del “ágora electrónica”. Veamos: para Grondona “la televisión y el auge de las encuestas han sido elementos definitivos para la constitución de este nuevo tipo de mentalidad cívica” que era el que encarnaba el público independiente, quien participaba crecientemente, mediante las encuestas, en los debates televisivos, una suerte de permanente asamblea ateniense. Hasta aquí una justificación de su “televoto” que nada agrega a lo dicho por los apologistas tradicionales de la televisión y los sondeos. Sin embargo, Grondona agregaba algo respecto de su propia posición: “en esta nueva ágora electrónica los periodistas tienen el deber de actuar como transmisores de las inquietudes del demos, lo que implica un rol crítico que los gobiernos de turno tendrían que saber aceptar, porque forma parte del juego democrático”. Es desde allí que interrogaría a los actores políticos. En el libro en cuestión, que ensayaba una historia de la corrupción, de su ligazón con el subdesarrollo y de su “disfuncionalidad”, el autor había invitado a Luis Moreno Ocampo, presidente de Poder

Ciudadano y principal experto en lucha contra la corrupción del país, a escribir un capítulo breve y didáctico en que el abogado sacaba a relucir su capacidad de ordenar y resumir para el gran público las diferentes formas de actos corruptos, sus significados, etc. El experto, además, coincidía con Grondona en asignar una importancia central a los medios en la lucha a librar, pero, liberalismo obliga, ligaba este rol de los medios a su gestión privada: “la competencia entre los medios propia de la economía de mercado produjo un aumento de la libertad de expresión”; por último, mencionaba la encuesta de Gallup a la que ya hemos hecho referencia para sustentar la tesis de que el tema había despertado una “enorme conciencia” en los ciudadanos.

Esta mirada moralizadora sobre la política, tan central para la expertise y para los periodistas políticos, llevaría a Grondona –y por cierto también a Moreno Ocampo– a apoyar más o menos abiertamente la Alianza entre la UCR y el Frepaso en las elecciones presidenciales de 1999. La debacle de la Alianza y, con ella, de las promesas anticorrupción que aglutinaban antimemismo y progresismo en un mismo espacio, fue también, en cierta forma, la debacle de la Argentina en la que Grondona había aprendido a ser un ecuánime y crítico periodista político. Los años que siguieron a la crisis y las movilizaciones de 2001/2002 lo encontrarían en una cada vez más incómoda posición: la crítica al poder ya no era posible en un contexto en el que las bases mismas del juego de la comunicación política, que se sustenta en la creencia en que hay alguien, por fuera, *la gente*, que escucha y ve lo que se dice y luego toma partido, estaba en crisis de la mano del rechazo radical a la “clase política” que había nacido de esos años 1990. Como otros periodistas “estrella”, Grondona suspendería la crítica severa y hasta llamaría a la participación electoral en las presidenciales de 2003, cuando era preciso reestablecer los principios de legitimidad del juego político.

Con los años de Kirchner, sin embargo, el periodista volvería a las posiciones críticas y a la férrea oposición, pero ya no desde una posición que se quiere neutra, objetiva, representante de *la gente*, sino desde la defensa de alguna gente –¿la “gente como uno”?– frente a lo que percibía como el triunfo y la revancha de los guerrilleros Montoneros frente a las fuerzas vivas de la nación (“nunca estuve tan lejos de un gobierno como ahora”, dijo Grondona en 2004). Este nuevo viraje no afectó, sin embargo, los valores dominantes del campo periodístico, que aún seguían reposando sobre el compromiso con la gente y no sobre la toma de partido, sobre la independencia y no sobre la parcialidad. De modo que Grondona, estrella de los años 1990, se vería cada vez más relegado a posiciones marginales –pasaría de Canal 9 a América 2 en 2007 con “Debate con Mariano Grondona” y, en paralelo, tendría un nuevo programa en Canal 26 de cable, “La Clave de Mariano Grondona”– y a cuotas de *rating* cada

vez más bajas. Su autocrítica por las posiciones autoritarias del pasado, al mismo tiempo, sería olvidada en pos de nuevas defensas de la última dictadura militar y hasta de Augusto Pinochet –aunque en sus palabras quedaran, aún, rasgos de sus convicciones anticorrupción, como cuando el día de la muerte de Pinochet, en diciembre de 2006, dijo sobre el dictador chileno: “Yo puedo aceptar que alguien tenga una ideología fascista [...] pero lo que a mí me defraudó realmente, fue que tuviera cuentas en Suiza, eso es inadmisibile”.

Tal vez su radicalización política sea directamente proporcional a su pérdida de lugares centrales en el periodismo televisivo. Sin embargo, no es relevante en este caso si las pretendidas objetividad e independencia que postulaba Grondona eran o no sinceras. Lo que queremos marcar aquí es que el discurso de la objetividad y de la independencia se convirtió en un valor profesional, en un discurso, por así decirlo, hegemónico en el campo periodístico, y que desde esa auto-posición los periodistas políticos, y en especial los más célebres, mirarían e interpretarían la política, interpelarían a los políticos y ocuparían su lugar en el espacio de la comunicación política hasta nuestros días. La importancia de la independencia como valor es aún más visible si comparamos el caso de Grondona con el de su antiguo socio y compañero, Bernardo Neustadt.

3.2 Más predicador que periodista

Bernardo Neustadt nació el 9 de enero de 1925, en Rumania. A diferencia de Grondona, Neustadt se formó como periodista y es en ese campo donde construyó su posición en el espacio de la comunicación política. Su profesión, sin embargo, no le impediría forjar estrechos vínculos con el campo político y el Estado; podríamos decir que Neustadt es, en este sentido, un caso ejemplar del periodista político de los años anteriores a la autonomización de la profesión respecto de la política. Iniciado en el periodismo deportivo a principios de los años 1940, rápidamente logró entrar en la sección política del diario *El Mundo*, donde permaneció hasta que fue despedido en 1956. En paralelo, trabajó en la revista deportiva *Racing*, cuyo dueño era el ministro de Hacienda de Perón, Ramón Cereijo. Sus vínculos con el primer peronismo le permitirían combinar una intensa actividad periodística con la participación en cargos de gobierno. Según relata Martín Sivak en la biografía de Grondona ya citada, Neustadt se afilió al PJ en 1952, al mismo tiempo que era contratado por el Ministerio de Relaciones Exteriores para desarrollar tareas de prensa. Su ascenso como hombre de prensa del peronismo sería bastante rápido: llegaría a ser primero secretario privado del almirante Alberto Tessaire –vicepresidente de Perón durante su segundo mandato– y luego, a partir de mayo de

1953, jefe de prensa del Consejo Superior Peronista. En octubre de 1954, Neustadt pasó a la Secretaría de Estado de Asuntos Políticos, donde fue ascendido a Director General de Relaciones con las Organizaciones del Pueblo.

Su compromiso con el peronismo le traería dificultades una vez que se produjera el golpe de 1955: perdería su trabajo en *El Mundo* y debería comparecer ante la comisión que investigaba a Tessaire. Es entonces que comenzaría un rápido proceso de “desperonización”, mucho más exitoso que el que el gobierno de facto imaginaba para el país, y que le permitió poco después volver al periodismo en *El Mundo* pero en especial comenzar su carrera como periodista de televisión, tarea en la que logrará construir su posterior notoriedad. En efecto, es a través de su trabajo televisivo que Neustadt llegará a ser una de las figuras más importantes del periodismo político argentino, a la vez que una persona de consulta de militares, fuerzas políticas diversas y gobierno de orientaciones también diversas. En una conferencia pronunciada en la Universidad del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA) en junio de 2005, Neustadt se referirá a ese momento de su vida como un acontecimiento transformador:

Me pregunté: “¿Ahora qué hago?”. Acostumbrado al diario, me perdí; pero luego agradecí porque había encontrado otro rumbo que era la televisión. Desde mi punto de vista era llegada a más gente, me gustaba más ser predicador que ser periodista (<http://www.cema.edu.ar/cgc/neustadt.html>).

En 1961, con el nacimiento de los canales de televisión privada, Neustadt trabajó junto a la conductora Lidia Satragno, Pinky, en el programa periodístico “Nosotros” (Canal 13), y poco después en “Incomunicados” (Canal 9), “Nuestro tiempo”, “Vivamos sin miedo” y “Reportaje al país”; en tanto con Mónica Mihanovich, luego conductora del noticiero de Canal 13, harían en Canal 7 un ciclo de biografías televisivas de presidentes de grandes empresas llamado “Lo que nunca se contó”. Pero es sin duda a partir de 1969, con el inicio de su programa “Tiempo Nuevo” (Canal 11) –que nació como un programa dirigido a los jóvenes y en el que, precisamente, se invitaba a un grupo de jóvenes a debatir sobre un tema de actualidad–, que el periodista llegaría a convertirse en ese “predicador” que quería ser. “Tiempo Nuevo”, llegó a ser uno de los ciclos más vistos al momento de salir y volvió a convertirse en un éxito de audiencia en los años 1980 y a principios de los años 1990. Entonces, desde la televisión, el periodista terminaría de devenir, definitivamente, un publicista y predicador del *homo economicus* neoliberal que impulsará las transformaciones económicas producidas por el gobierno de Menem. Si Neustadt había tenido, hasta entonces, mucha cercanía con lo que Grondona llamó “los gobiernos de turno” –y había celebrado, entre otros, al presidente de facto

Jorge Videla con elogios que pronto trataría de hacer olvidar–, no es sino hasta 1989 que se convirtió abiertamente en un publicista activo y constante de una figura política. El abrazar una causa de manera explícita y directa coincidió con –y favoreció– la separación periodística con Grondona.

A medida que Grondona avanzaba hacia la conquista de una posición que se pretendía independiente del campo político, Neustadt no dejó de aproximarse a éste con cada vez mayor compromiso con el menemismo. A diferencia de Grondona, quien buscaba persuadir desde el lugar (construido, por supuesto) de la “imparcialidad”, Neustadt asumía abiertamente su “parcialidad”: “no me pidan que sea objetivo: yo no soy un objeto, soy un sujeto”, diría en su programa. Si Grondona hacía toda una puesta en escena para revisar sus compromisos autoritarios del pasado, Neustadt decía, como en una entrevista publicada en *Página/12*, “no hago actos de arrepentimiento, como se piden ahora” (05-10-1998). Si Menem no concurría al programa de Grondona, elegiría la tribuna de Neustadt como espacio privilegiado de aparición televisiva. Y si Grondona comenzaría a criticar a Menem con la idea de que su rol, como voz del demos, era criticar al “gobierno de turno”, Neustadt decidiría promover una manifestación de apoyo al entonces presidente y en especial a las reformas emprendidas, que se conocería luego como “La Plaza del Sí”, realizada en Plaza de Mayo y compartida con otros empresarios de medios como Julio Ramos, director del diario de negocios de mayor predicamento en el *establishment* empresario, *Ámbito Financiero*, Constancio Vigil, accionista de Canal 11 y propietario de Editorial Atlántida, y Gerardo Sofovich, conductor televisivo que poco después sería designado interventor de Canal 7. Para convocar a los manifestantes, Neustadt había dicho, en un contexto de movilizaciones generalizadas, y en especial de los trabajadores que resistían a las privatizaciones de los servicios públicos: “no permitan que las minoría que aúllan ganen las calles”. Más allá del relativo éxito de la convocatoria –la única de apoyo a Menem durante su gestión y que mostró, además, la confluencia de los sectores altos con los sectores populares en dicho gobierno–, la “Plaza del Sí” dio cuenta del posicionamiento de ciertos actores de los medios como constructores de consenso de las reformas estructurales.

En su trabajo de pedagogo del credo neoliberal, como había hecho desde los años 1980, Neustadt construiría un interlocutor privilegiado que sería, a la vez, la fuente de su legitimidad y la voz interpelada: “Doña Rosa”. Este personaje representaba a un ama de casa que, a la manera del “hombre común”, encarnaba la simpleza de las verdades que él, Neustadt, quería enunciar, y que se relacionaban con los argumentos de los publicistas de las reformas neoliberales respecto de la ineficiencia del Estado –y la necesidad de apartarlo de la gestión de los servicios públicos–, de la eficiencia de las empresas privadas –a las que había que dar

oportunidades de negocios que redundarían en beneficios para toda la sociedad– y de la inconveniencia de toda forma de protección, regulación o intervención estatal en el manejo de la economía del país. Cuando, en 1998, le preguntaron en una entrevista “¿qué momento profesional considera el más significativo de su vida?”, el periodista respondió:

Momentos importantes fueron aquellos en los que pude hacer campañas para renovar el repertorio argentino económico mental, explicarle a la gente que podíamos tener un país abierto, que en los teléfonos no estaba la patria ni la bandera ni la soberanía. Que se podía comprar un auto financiado sin necesidad de pagarlo antes y recibirlo después. Esto fue en los años '80. Tuve muchos problemas, recibí algunas agresiones, pero la idea germinó y hoy tenemos un país abierto. (Página/12, 05-10-1998).

Cada vez más Neustadt no sería, además, activo movilizador del discurso anticorrupción, de modo que el tiempo de moralización política que se avecinaba con el ascenso de la Alianza, y en el que Grondona tendría, como vimos, un papel central, fue relegando a su ex compañero a espacios cada vez menos centrales en el campo periodístico vinculado al gobierno de Menem, la legitimidad periodística de Neustadt iría decayendo a medida que se erosionaba la legitimidad de su defendido. En 1998, la gerencia de programación del Canal 11 privatizado decide finalmente levantar “Tiempo Nuevo” no por desacuerdos ni censuras políticas, sino por un argumento de mercado que Neustadt había ayudado a instaurar: la disminución del *rating*. Neustadt seguiría contando con el apoyo económico de lo que él había bautizado “las empresas a las que les interesa el país”, lo cual le permitió conservar espacios televisivos en canales de cable y radios –y hasta compraría una estación de FM–, pero perdería la batalla en el campo periodístico, donde nuevos notables de la profesión, como Jorge Lanata –quien fuera director del diario *Página/12*, pionero en el periodismo “independiente” y de investigación, y luego conductor del programa televisivo “Día D”, en el que se parodiaba la política en clave de denuncia– o Luis Majul –quien hacia fines de los años 1990 y comienzos de los años 2000 pregonaba desde su programa televisivo la “desconfianza” (“no le creas a nadie, ni siquiera a este programa, el espíritu crítico es lo que te va a salvar”, decía al final de “La cornisa”) como actitud ciudadana básica frente a “la política” y frente a “los políticos”–, mostraban que el estilo de distancia crítica y sospecha moral de la “clase política”, así como la búsqueda de hablar en nombre de *la gente*, eran ya valores instituidos. Ni los tiempos de la Alianza ni los de la Argentina post-2001 tendrían a Bernardo entre los principales animadores del espacio de la comunicación política. Si, en cambio, sería el tiempo del protagonismo de Lanata y de Majul.

4. Algunas reflexiones sobre el análisis de la práctica periodística

Recapitulando, en la primera parte de este escrito presentamos el contexto general en el que tuvo lugar un creciente proceso de autonomización profesional del periodismo político entre los años ochenta y los años noventa. Así, vimos cómo los lineamientos dominantes que asumió este tipo de práctica periodística se relacionaron con el desarrollo particular del campo del periodismo, a la vez que se enmarcaron en una serie de transformaciones más generales en las lógicas que rigen las relaciones entre política y medios. En la segunda parte, intentamos dar cuenta de la emergencia y consolidación de estos procesos a través de la reconstrucción de las trayectorias de dos reconocidos periodistas políticos. Haciendo hincapié tanto en los puntos de contacto como en las divergencias de los recorridos de M. Grondona y B. Neustadt, nos concentramos en la manera en que esta autonomización profesional se constituyó en la tensión entre los condicionamientos y las lealtades políticas y los condicionamientos mercantiles y las lealtades empresarias. A modo de cierre intentaremos plantear algunas reflexiones provisorias sobre el análisis de la práctica periodística inspiradas en el análisis precedente.

Principalmente, cabría preguntarse por la utilidad, en términos heurísticos, de trabajar cualitativamente con trayectorias de actores particulares en este tipo de indagaciones cuyos interrogantes refieren a procesos con un nivel relativamente alto de generalidad. Sobre este punto, como intentamos mostrar implícitamente a través del tipo de recorte analítico que realizamos, el análisis de trayectorias particulares permite aprehender el carácter no lineal de este tipo de procesos. En efecto, a través de este tipo de análisis es posible identificar una serie de criterios que se instauran como dominantes en un campo de acción social específica – en este caso el de la práctica periodística –, los cuales legitiman ciertas prácticas y sancionan otras; a la vez que puede atenderse al modo en que la producción y reproducción de los mismos a través de prácticas y relaciones sociales concretas no se produjo de una manera unívoca ni sin entrar en tensión con otras lógicas.

Este tipo de enfoque abre así el espacio para intentar identificar cuáles son las mediaciones existentes entre un ámbito de acción particular y espacios más generales y, en este sentido, comprender de qué manera ciertas prácticas periodísticas se relacionan tanto con su espacio específico de producción –el espacio mediático-periodístico– como con otros órdenes sociales. Así, por ejemplo, en los casos analizados es posible observar como los cambios en la forma en que se relacionan el campo mediático y el campo político operan como condicionantes tanto de los tipos de estrategias –no necesariamente conscientes– que pueden emprender estos actores, como de las posiciones que estos detentan en las distintas

coyunturas. Ahora bien, desde el otro anverso, en los recorridos de estos periodistas también es posible advertir cómo estas condiciones generales no se imprimen en las prácticas mecánicamente sino que están mediatizadas por un conjunto de relaciones sociales y sentidos propios de ciertos marcos de interacción en los que esas prácticas se inscriben. Al centrar nuestro foco de análisis en la manera en que estos actores se constituyeron como figuras notables del periodismo político, vemos cómo la construcción de esta posición estuvo condicionada tanto por las transformaciones estructurales del sistema mediático y de sus vínculos con otras esferas, como por aquello que, desde Bourdieu, podríamos concebir como los capitales específicos que estos actores incorporaron a lo largo de su trayectoria profesional.

En este sentido, tanto las posiciones objetivas que detentan estos actores a lo largo de sus carreras como el tipo de relaciones sociales que establecen para acceder a ellas resultan dos dimensiones productivas para emprender el análisis de trayectorias. Como vimos en los casos de M. Grondona y B. Neustadt, al comienzo de sus carreras éstos parten de posiciones analíticamente diferenciables. Mientras Grondona se formó en el campo político y desde este ámbito, haciendo valer esas relaciones y posiciones, ingresó al campo periodístico; Neustadt se formó como periodista y desde este lugar construyó su posición en el campo mediático, aunque esto no le impidió establecer un conjunto de relaciones con sectores de la elite política que contribuyeron al desarrollo de su carrera periodística. Por lo tanto, en ambos casos, el peso que tuvieron las relaciones con actores políticos como un modo de acceso a ciertas posiciones periodísticas nos estaría hablando en cierta medida de la porosidad de las fronteras entre la esfera mediática y la esfera política y de cómo el compromiso político no suponía, en aquellos años, una tensión con el rol de periodista.

Asimismo, por último, atendiendo al modo en que los actores cambian a lo largo de sus trayectorias su lógica relacional o bien realizan estrategias divergentes para posicionarse como referentes del espacio periodístico, se puede aprehender la manera en que emergen y se van configurando nuevos criterios de legitimidad en el propio campo que entran en colisión con criterios presentes o pasados. A modo de ejemplo, como vimos, la ruptura radical de M. Grondona con su antiguo socio y el distanciamiento de sus compromisos políticos pretéritos, a principios de la década del noventa, dan cuenta del intento de una construcción de una posición periodística prestigiosa ligada a la emergente figura del periodista "independiente". Mientras que en el caso de B. Neustadt éste conjuga, en esta etapa, su posición de periodista políticamente comprometido con nuevas formas de legitimación ligadas a los altos niveles de *rating* y a la posición de representante de la voz de *la gente*, a través de la construcción de la figura de Doña Rosa. Con esto queremos subrayar que en el nivel de estas estrategias,

relaciones y/o disputas emprendidas por actores que pugnan por un lugar privilegiado en el campo periodístico se definen y redefinen constantemente los criterios de legitimación específicos de este espacio.

La construcción de la profesión periodística, de los años ochenta a los años noventa, puede ser vista, de este modo, tanto como el producto de procesos macro que fijaron condiciones de posibilidad de la actividad (la mercantilización de los medios, las transformaciones de vínculos y prácticas políticas, etc.), como del modo en que los actores dominantes de ese espacio, al tiempo que ajustaban sus estrategias y sus recursos a la nueva realidad, imprimían su sello individual a sus intervenciones y, en ese sentido, hacían de la profesionalización periodística y de sus valores hegemónicos un logro colectivo, conflictivo en algunas de sus aristas pero recortado sobre un fondo incuestionado de búsqueda de distanciamiento y autonomía. En el contraste entre el derrotero de un periodista devenido publicista y un intelectual devenido periodista esperamos haber contribuido a analizar este proceso.

Bibliografía

- Baldoni, M. (2010). Las transformaciones de los medios de comunicación y el periodismo político durante la década del ochenta y del noventa en Argentina: un recorrido por las trayectorias profesionales de Jorge Lanata y Luis Majul. *VI Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*, La Plata.
- Becerra, M., & Mastrini, G. (2008). La esfera mediática concentrada en América Latina: aportes de investigación sobre la estructura de las industrias culturales. En B. Alem, *Comunicación, medios y políticas. 3° Jornadas anuales de investigación en comunicación* (págs. 191-213). Los Polvorines, Buenos Aires: UNGS.
- Becerra, M., & Mastrini, G. (2009). *Los dueños de la palabra: acceso, estructura y concentración de los medios en la América Latina del Siglo XXI*. Buenos Aires: Promoteo.
- Bernetti, J. L. (1995). La Opinión era un Instituto Di Tella periodístico. *Revista Oficios Terrestres* (1).
- Bernetti, J. L. (1997). Primera Plana y el periodismo político moderno. *Oficios Terrestres* (4).
- Fernández Días, J. (1993). *Bernardo Neustadt. El hombre que se inventó a sí mismo*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Grondona, M. (1993). *La corrupción*. Buenos Aires: Planeta.
- Grondona, M. (1977). La objetividad profesional. En VV.AA., *Medios de Comunicación Social en la Argentina* (págs. 37-68). Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Landi, O. (1992). *Dévorame otra vez. Qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la televisión*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Mazzei, D. H. (1997). Primera Plana: modernización y golpismo en los sesenta. *Realidad Económica* (148), 72-99.
- Muraro, H. (1991). *Poder y comunicación. La irrupción del marketing político y la publicidad en política*. Buenos Aires: Letra Buena.
- Muraro, H. (1997). *Políticos, periodistas y ciudadanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Neustadt, B. (1977). La agudeza del periodista. En VV.AA., *Medios de Comunicación Social en la Argentina* (págs. 9-36). Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Neustadt, B. (1995). *No me dejen solo*. Buenos Aires: Planeta.
- Pereyra, S. (2010). La corruption dans la presse nationale: le journalisme d'investigation et les scandales de corruption. Dans S. Pereyra, *Critique de la politique, expertise et transparence. La corruption en tant que problème public en Argentine (1989-2001)* (pp. 157-231). Paris: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, These de doctorat.
- Rinesi, Eduardo (1992). *Mariano*. Buenos Aires: La Marca, colección "Estrellas".
- Ramírez, A. J. (1999). Un cruce de palabras: La Opinión frente a las elecciones del 73. En A. R. Pucciarelli (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en los tiempos del GAN* (págs. 313-350). Buenos Aires: Eudeba.
- Saítta, S. (1998). *Regueros de tinta: el diario "Crítica" en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sidicaro, R. (1993). *La política mirada desde arriba: las ideas del diario La Nación 1909-1989*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sivak, M. (2005). *El Doctor. Biografía no autorizada de Mariano Grondona*. Buenos Aires: Aguilar.
- Ulanovsky, C. (1997). *Paren las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires: Editorial Espasa Calpe.

- Vommaro, G. (2008a). *"Lo que quiere la gente". Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política*. Buenos Aires: Prometeo.
- Vommaro, G. (2008b). *Mejor que decir es mostrar. Medios y política en la democracia argentina*. Buenos Aires: UNGS/Biblioteca Nacional, colección "25 años, 25 libros".
- Waisbord, S. (1995). *El gran desfile. Campañas electorales y medios de comunicación en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Waisbord, S. (2001). Interpretando los escándalos. Análisis de su relación con los medios y la ciudadanía. En E. Peruzzotti, & C. Smulovitz, *Controlando la política: ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas* (págs. 289-325). Buenos Aires: Temas.